



ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS

Rodolfo V. Tálíce

(Discurso de Ingreso a la Academia)

Estimado Presidente.

Sres. Académicos, querido Ildefonso:

Yo escribí unas cartillas con unas cosas muy sencillas y muy sinceras porque me siento, en el fondo, disminuido de todo lo que acabo de oír.

Cuando recibí la visita de mi querido Ildefonso y de la Sra. Celia Mieres en mi casa, comunicándome la sorpresiva noticia, yo me sentí conmovido, sinceramente conmovido, porque me parecía que lo que había podido acumular en el campo de la ciencia no podía representar una distinción como la Uds. han querido conferirme al permitirme integrar esta digna Academia de Letras.

Como decía Gastón Bachelairé, "mis pies están siempre en la tierra de la ciencia y a veces mis manos quieren volar para el campo de las letras o para el cielo de las letras, pero no hacen más que intentarlo".

Me corresponde, pues, expresar mi más hondo reconocimiento por esta distinción, Sr. Presidente y Sres. Académicos, y mi complacencia por encontrarme en tan distinguida amistosa y grata compañía.

Me abruma, además, el hecho de ocupar la vacante de D. Clemente Estable, con quien estuve hermanado por décadas y décadas.

Y quieren las circunstancias que sea la segunda vez que esto ocurre, porque hace treinta y un años fue quien me entregara la Cátedra de Biología General y Experimental de la Facultad de Humanidades y Ciencias, en la cual yo traté de seguir sus pasos en todo lo posible.

Obligado a hacer un examen de conciencia me van a disculpar que yo evoque un poco mi propia vida, algunos episodios rápidamente. Si bien es cierto que me pasé largos años estudiando bichos, estudiando hongos y estudiando seres humanos, tempranamente nació en mí una vocación por las letras. Acaso algún cromosoma fue el culpable de ello. Mi línea paterna es de viñateros y de cultivadores de tierra.

Pero cuando fui a visitar hace ya algunos años el pueblito del Piamonte, los familiares me llevaron a la plaza y me mostraron con orgullo un Tálíce que había sido "commentatore" de Dante. Y un tío, Alejandro Tálíce, que fue un estudioso de Dante, me enseñó versos enteros que todavía recuerdo de memoria, setenta años después.

Cuando los domingos íbamos a almorzar a su casa de la calle Cerrito, casa señorial donde invitaba en torno a su mesa a los más prestigiosos hombres de letras que había en ese momento en Montevideo, yo era un niño que veía y escuchaba todo aquello emocionado.

Por línea materna tengo algunos antecedentes literarios en mi hermano Roberto, que sigue actuando en Buenos Aires, parece que con cierto éxito.

Si repaso un poco el anecdotario, yo diría que estoy aquí por culpa de una "h". Es una anécdota vivida, que figura en mi libro de cuentos "confesiones y confidencias".

Cuando un compañero de ingeniería, yo estudiaba medicina, me advirtió que iba a haber un concurso de Ayudantes de Gramática, yo tenía diecisiete años. Yo le dije: - ¿Qué vamos a presentarnos a un concurso de Gramática? Él me respondió: - Mirá, se ganan treinta pesos por mes.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Para un hogar como el mío, huérfano de padre y con madre enferma era una suma respetable.

Y estudiamos siete días idioma castellano. Nos presentamos. Éramos sesenta aspirantes para diez cargos. Todos podían ser nuestros padres y algunos nuestros abuelos. A mí me tocó frente a un maestro rural. Yo estaba con ganas de disparar porque me sentía avergonzado al sentarme frente a un personaje así.

Y Gálvez Marín, el famoso Francisco Gálvez Marín nos dijo desde lejos: - Escriban, señores, una composición sobre el alcoholismo.

Yo miraba la puerta; mi compañero me andaba vigilando para que no me escapara. Y de pronto sentí una patadita por debajo de la mesa, un roce. Yo dije: - Un gato. A la segunda patadita, vi que era el propio contrincante que estaba frente a mí, y que entonces me dijo: - Dime, compañero, ¿dónde lleva la "h"?

Esa frase para mí como una inyección de cafeína en la médula espinal, porque me puse a escribir.

No sé cómo sería la cañada, porque entramos tercero y cuarto. Y entonces me puse a estudiar idioma castellano en serio.

Fui Ayudante de Gálvez Marín, de Ortega, de Abadie Santos y de Martín Echevoyen. Y aprendí, naturalmente, un poco más de lo que sabía cuándo me presenté al concurso. Y nunca abandoné esa predilección, ese tropismo, esa tendencia a la lengua materna, tan noble, tan gentil, tan abundante.

Es por eso quizás, que mantuve siempre una responsabilidad del decir y del escribir que traté de comunicar a mis colegas, que en general hablan y escriben no muy bien; hablo de los médicos.

Estuve seis años como redactor de los Archivos Uruguayos de Medicina, Cirugía y Especialidades. Me preocupé por el vocabulario médico - biológico. Tengo una enorme carpeta que puede ser que interese en esta Academia, sobre la terminología usada en Medicina y en Biología.

Por otra parte el folklor me atrajo muchas veces en el sentido de estudiar cuál era el sentido que tenían las alusiones hechas por escritores y poetas, algunas certeras, otras equivocadas.

Sigo pensando que hace falta en nuestro país un libro de fábulas de bichos autóctonos o regionales para evitar todas las confusiones que provocan en los niños de nuestro país las fábulas europeas, muy bonitas, pero muy equivocadas con respecto a las costumbres de nuestros propios bichos.

Lo digo ahora como actuante dentro de esa ciencia apasionante que es la etología.

La circunstancia de haber sido decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias durante nueve años, me permitió, felizmente para mí, un contacto con especialistas relevantes en el campo de las Humanidades, de la Filosofía, de la Historia y de la Literatura, del Arte.

Y, en fin, los viajes, los diez viajes ultraatlánticos, con treinta y tres países visitados, me permitieron una visión universalista. Especialmente Francia, a la que considero mi madre espiritual en tal sentido.

Animado por esos pequeños cromosomas que venían de lejos, me animé a publicar el libro "Vejentud", que Uds., conocen. No tiene pretensiones literarias, pero es un libro optimista, que desde la primera página hasta la última, trata de agregar vida a los años y no años a la vida.

Tengo pronto un manual de etología que trata de hacer comprender a la gente lo que es esta ciencia y el porqué de los comportamientos que nos gobiernan la vida.



**ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS**

En fin, ¿qué puedo prometer, Sres. Académicos? Poner todas mis modestas posibilidades y afanes al servicio de esta prestigiosa casa.

Como decía Curotto: trabajar, trabajar. Porque es el lema que los que tenemos ya muchos años vividos tratamos no sólo de inculcar, sino de mostrar con nuestro propio ejemplo.

Muchísimas gracias por esta recepción y por todo lo que esto significa para mí.

Montevideo, 1 de junio de 1977